

Mirad a Mí, y Sed Salvos

Un sermón basado en Isaías 45:22

Por Rev. J. Van Haaren

Lectura Bíblica: Isaías 45

Salterio 49:1-3
262:1-3
83:2
283:1, 2

Queridos amigos:

Con la ayuda del Señor, vamos a considerar la Palabra de Dios que se encuentra en Isaías 45, versículo 22, donde leemos: “*Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más*”. Vemos en estas palabras

UNA INVITACIÓN A LA SALVACIÓN

Vamos a considerar tres puntos principales:

- 1. Una invitación urgente;**
- 2. Una invitación animadora; y**
- 3. Una invitación fiel.**

PRIMER PENSAMIENTO

Queridos amigos, las palabras de nuestro texto son especiales, porque en ellas vemos que el Mismo Dios alto y glorioso, a Quien hemos ofendido con nuestros pecados, condesciende tanto a pecadores y los invita a la salvación con poder y sinceridad. Estas palabras son notables, pues muestran el camino de la salvación a pecadores perdidos que están llenos de culpa. Dios no haría ninguna injusticia si Él dejara a tales pecadores en su estado perdido, en el cual ellos mismos han entrado de su propia voluntad. Hemos provocado al Señor; Le hemos vuelto la espalda, y nos hemos hecho aliados del gran enemigo de Dios: el diablo. Sí, hemos hecho un pacto con él. ¡Qué ofensa al gran Dios santo y majestuoso que nos creó a Su imagen!

Hemos dejado la fuente de la vida, y nos hemos sometido a la muerte. No es que *vayamos* a perdernos; ya *estamos* perdidos. Y lo peor es que no nos damos cuenta de eso. Como dice la Liturgia para el Santo Bautismo, somos “...concebidos y nacidos en pecado, y por lo tanto somos expuestos a todas las miserias, incluso a la condenación misma”. Si realmente nos

diéramos cuenta de eso, no podríamos dormir por causa de terror. Todos nosotros estamos de viaje hacia la eternidad, y si no somos salvos, ¡cada minuto estamos más cerca a la perdición!

A veces leemos acerca de la gente que fue enviada a los campos de concentración de los nazis durante la Guerra Mundial, y nos hace pensar, “¿Qué habrían pensado mientras viajaban? ¡Qué terror!” Sin embargo, ¿no debemos de sentir el mismo terror? Nosotros no estamos de viaje a un campo de concentración, sino hacia la eternidad, que sería o la salvación o la perdición. Y no es que tengamos que comenzar el viaje, amigos; no, ya estamos de viaje, y para algunos puede ser que ya casi hemos terminado el viaje. Sí, el más fuerte y el más joven entre nosotros no es más que....¡vanidad! Y cuando lleguemos al final del viaje, caeremos en las manos de un Dios Santo, Todopoderoso, Viviente y Omnisciente. Fuera de Cristo, Dios es fuego consumidor, y ningún pecador puede morar con Él en el cielo.

Es incomprensible que por naturaleza ni pensemos en estas cosas tan serias. ¿Cuántos de ustedes no pudieron dormir anoche por causa de su estado perdido? Es seguro que con nuestras mentes estamos muy de acuerdo con el hecho de nuestra perdición, y lo confesamos con la boca, pero realmente no nos damos cuenta de la seriedad de ello. Como bien dice la Palabra de Dios: “*No sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*” (Apocalipsis 3:17). Aunque con la mente decimos que lo sabemos, no lo creemos con el corazón. Esto es cierto, porque si lo creyéramos, comenzaríamos a buscar a Dios de inmediato, y las cosas de este mundo ya no tendrían valor para nosotros.

Queridos amigos, ¡ojalá que tuvieran una impresión de eso hoy mismo! Pues es posible que vayamos a la iglesia – y por favor, ¡nunca dejen sus asientos vacíos! – pero cuando salimos de la iglesia, dejamos de pensar en las cosas de Dios. Sí, tal vez algunos piensan en estas cosas por un tiempo, pero luego vuelven al mundo. Mi deseo es que sus ojos sean abiertos para ver la realidad de cómo son las cosas de esta vida, y que Dios los haga darse cuenta de que son pecadores delante de Él.

Es por eso que las palabras de nuestro texto son tan especiales. Aquel Dios glorioso, ante Quien no podemos existir, ¡nos extiende la invitación de Su Palabra! ¿Cuántas veces les ha invitado Dios a ustedes? Y aunque no han hecho caso a Su Palabra, otra vez Él viene hoy con Su Palabra y los invita. Aquel gran Dios, a Quien hemos ofendido tan gravemente, y Quien está tan ofendido por causa de nuestros pecados, condesciende a ustedes y a mí, y busca nuestro bienestar. Por eso nuestro texto es tan notable. Aun si la Biblia entera no tuviera más que este

texto, tendríamos una Biblia muy rica, pues este mensaje es la esencia y el resumen del Santo Evangelio. El significado verdadero de este texto es que al Dios ofendido no Le complace nuestra muerte, y eso es un milagro que nunca lograremos comprender. Mis palabras son demasiadas pobres para predicar esta verdad. Aquel Dios bendito, Quien no nos necesita en absoluto, no pierde nada si le volvemos la espalda. Y no obstante, aún así, Dios nos dice: “*Mirad a mí*”.

¿Acaso no es un milagro que Dios invita a pecadores con las palabras: “*Mirad a mí y sed salvos*”? ¿Acaso no es un Evangelio de amor que nos está predicado? El milagro más grande es que nosotros, **tú y yo**, somos invitados. Jóvenes, ustedes están invitados también. Ancianos, la invitación también se extiende a ustedes. Pues lean en nuestro texto: “...*todos los términos de la tierra*”. Esta invitación llega a cada persona que escucha el Evangelio, en cualquier parte de la tierra que sea. ¡Toda la tierra escuchará!

Esta invitación no viene a personas que son buenas en sí mismas, ni a gente que la merece; al contrario, esta invitación viene a los que le han vuelto la espalda a Dios, a los que están muertos en pecados, y a los en quienes no mora ningún bien. Esta invitación viene a gente que está propensa a odiar a Dios y a su prójimo. Oh, ¡que milagro! Dios condesciende a Sus enemigos, y Él les habla con palabras de amor y bondad. Dios nos dice: “Me has provocado, y han pecado en contra de mi gracia, pero yo tengo pensamientos de paz acerca de ustedes, y no de mal” (Jer. 29:11). ¿Acaso no es incomprensible que el Señor sea un Dios tan misericordioso?

“Mirad a mí y sed salvos”. El Señor no dice, “Sálvense”, sino: “Mirad a mí. Yo os redimiré, yo os salvaré”. Dios desea redimirnos de la destrucción eterna y salvarnos. Su Palabra nos dice: “*No quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva*” (Ezeq. 33:11).” Y Él lo puede hacer, pues como Él dice en nuestro capítulo: “*Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí*” (v. 5). Esto quiere decir que no tenemos que arreglarse primero, pues no lo podemos hacer; no, sino que vayamos a Él tal como somos. No obstante, es necesaria la confesión de nuestros pecados; Dios promete la salvación a los que confiesen sus pecados. Aunque hemos provocado a Dios, escuchen lo que nos dice en Salmos 103: “*Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo*”. Por lo tanto, Él nos dice: “Mirad a mí y sed salvos”.

¿Acaso no debe quebrantar nuestro corazón endurecido? ¿No debe llevarnos a nuestras rodillas ante Dios? Seguramente, porque escuchen el destino de los que Lo rechazan: “*Por cuanto llamé, y no quisiste oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío, y mi reprensión ni quisisteis, también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis*” (Prov. 1:24-27). Oh amigos, ¡esa calamidad sí vendrá para los que viven sin temor ahora, y para los que se ríen de la predicación! “*¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*” (Heb. 2:3). Oh, no descuiden esa salvación; “Mirad a mí, y sed salvos”.

SEGUNDO PENSAMIENTO

La invitación de Dios no sólo es *urgente*, sino que también es una invitación *animadora*. Es una fuente de ánimo para uno que ha llegado a ver que es un pecador perdido. Eso es lo que ocurre cuando Dios convierte al pecador. ¿Qué es precisamente lo que acontece cuando el Señor convierte a un pecador? En primer lugar, sus ojos son abiertos para ver quién es. Muchas veces eso ocurre durante la predicación, pues “*...la fe es por el oír, por la palabra de Dios*” (Ro. 10:17). Entonces el pecador cree que lo que se predica es la verdad; ya cree que hemos pecado contra un Dios bueno, santo y justo. El pecador ya se da cuenta de que no sólo hemos pecado una vez, sino que toda nuestra vida es el pecado. Entonces por el Espíritu Santo, el Señor convence de pecado, de justicia y de juicio. Aquella palabra “convencer” es tan hermosa, porque una vez que se “convence” de algo, ya no lo duda más. El Señor nos muestra lo que hemos hecho, lo que hacemos, y quiénes somos por causa del pecado. Nos enseña lo que vive en nuestro corazón: una gran masa de iniquidad. Esto nos da temor, y comenzamos a decir: “¡Ay de mí, pecador! Nunca me había dado cuenta de que soy tan malo, y de que el pecado es algo que tanto deshonra y ofenda a Dios”. Entonces el pecador ve a sí mismo como “arrojado sobre la faz del campo” y “sucio en su sangre”, sin esperanza (Ezeq. 16:5, 6). El pecador ya aprende que no puede hacer nada para mejorarse, pues la justicia de Dios exige un pago completo, y no lo podemos pagar. La pregunta llega al pecador: “¿Cómo compareceré ante Dios como justo, cuando no puedo ofrecerle nada que Le complazca?” En aquellos tiempos el pecador experimenta angustia y tristeza, y ya no puede encontrar reposo para su alma. En su propia estimación, cualquier momento la tierra se abrirá, e igual que Coré, Datán y Abirám, será echado vivo al infierno. Para

un pecador así, es un milagro que la tierra aún lo sostenga y que los cielos todavía lo cubran. Llega a ser una maravilla que el Señor aún nos permita despertar cada mañana.

Amigos míos, ¿conocen ustedes algo de esta experiencia? ¿Hay tales pobres entre nosotros? Creo que hay algunos que son como el publicano, “estando lejos”, y que ni se atreven a alzar sus ojos al cielo. Son aquellos que andan sobre la tierra con la cabeza agachada, diciendo: “Oh Dios, no existe una persona más mala, endurecida y falta de arrepentimiento como soy yo. ¿Es aún posible que Tú obres en mi corazón?” Estas personas no hablan mucho de sí mismas; al contrario, estos ni se atreven a hablar acerca de sí mismos, ni se atreven a participar de la Santa Cena. Ellos experimentan su impiedad. ¿Hay tales personas entre nosotros, no es cierto? Pero ahora bien, ¿qué dice nuestro texto? “Mirad a mí y sed salvos”. Oh, estas personas dicen: “¿Pero será posible que el Señor obre en mí? No puede ser, pues soy tan malo, y no puedo esperar la misericordia de Dios. Estas personas no se atreven a mirar al Señor.

Junto con sus propios pensamientos viene el Príncipe de las tinieblas, Satanás, que les dice toda clase de cosas. ¡Qué cruel y malo es el diablo! Siempre intenta llenarnos con pensamientos malos y equivocados acerca de Dios. Él trata de impedirnos de mirar al Señor. Es él que quiere hacernos dudar la palabra de la gracia de Dios. Amigos, cuando vivimos en el pecado él nos aplaca la consciencia, y nos dice: “Disfruta de la vida, jóvenes. Hagan lo que quieran, pues viven una sola vez. No hay que vivir tan estrictamente, pues ustedes pueden contar con la gracia de Dios. No es tan difícil como se lo presentan; Dios no es tan exigente”. Oh amigos, ¡qué mentiroso! Pues en aquellos momentos Satanás aún pretende acercarnos con buenos pensamientos de Dios, tratando de convencernos de pecar bajo el pretexto de que Dios es bueno y misericordioso.

Sin embargo, cuando nuestros ojos están abiertos para ver lo que es el pecado, y cuando queremos evitar el pecado, el mismo Satanás nos trata de llevarnos a la desesperación. Entonces él dice: “¿Sabes qué? Tus pecados son demasiados, y tú eres demasiado malo o demasiado viejo para ser salvo. Ya no es posible para ti.”

Vuelvo a preguntarles: ¿Hay tales personas entre nosotros, aquellos que ya creen que es imposible para ellos? Oh, ¡escuchen! “Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Ustedes dicen: ¿Será posible todavía para mí? ¡Sí! Escuchen otra vez: “...porque yo soy Dios, y no hay más”. Pero ¿será que eso también es para mí, yo que soy tan malo e impío? Oh amigo mío, el Señor dice: “*Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán*

emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is. 1:18). Pero dicen ustedes, “Oh Señor, pero yo soy sumamente malo”. ¡Escuchen de nuevo! “*Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar*” (Is. 55:7). Entonces, ¿será que el Señor aplaste a tal persona hasta la muerte? ¡No! ¡Al contrario! Dios tendrá misericordia de él, y lo recibirá con brazos abiertos.

Pueden confiar en Su Palabra cuando Él les dice: “Mirad a mí y sed salvos”, pues es Dios que lo dice, y Él nunca miente. El hombre es mentiroso, pero pueden creer lo que les dice la Palabra de Dios. “*Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no ejecutará?*” Ahora bien, vengan tal como son, en polvo y ceniza, gimiendo como hizo David en el Salmo 32, el cual vamos a cantar del Salterio 83, la estrofa 2:

*Mientras callé, culpable,
Con pena andaba yo;
Tu mano sobre se agravó y
Mi alma no se alivió;
Mas cuando mis pecados
Declaré y no oculté,
Mi maldad confesé, y
Tú me perdonaste.*

TERCER PENSAMIENTO

“*Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado*” (Sal. 32:6). A tales perdidos les será dado que busquen su refugio en Dios. Ya no podrán resistir la palabra, “Mirad a mí y sed salvos”, porque se sienten incluidos en esas palabras. ¡El Señor se dirige a **ellos...** a todos los términos de la tierra!” Esas palabras penetran su alma, y los hacen entregar sus armas a los pies de Dios, y ya no se resisten más. Ahora dicen: “Señor, la culpa es mía, pero aquí estoy; ya no puedo alejarme más de Ti”.

¿Cómo vienen tales personas a Dios? “*Irán con lloro*” (Jer. 31:9). Ellos vienen como necesitados, con la “soga” de la condenación en sus cuellos. Vienen con confesión y culpa; se aborrecen y se acusan ante Dios, diciendo:

*Mis pecados confieso,
Culpa y siempre siento;
Contra Ti he pecado,
Te provoqué en Tu rostro;
Tu gran juicio justo es,
Espero Tus bondades. (Salterio 140:2)*

Ellos no vienen a Dios diciendo: “Échame en el infierno, Señor”, sino que dicen: “Señor, yo soy digno de ser echado al infierno, y no sería de maravillarse si Tú me arrojaras ahí. Pero aquí estoy, Señor; Tú has dicho que mirara a Ti”. Ellos vienen como el hijo pródigo, que volvió en sí, reconoció su miseria y su angustia, y dijo: “*¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí parezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros*” (Lc. 15:17-19). Así vienen los pecadores a Dios, dignos de ser echados, pero buscando la misericordia de Dios. Con el publicano ellos dicen: “Dios, ten misericordia de mí, pecador”. Con el mismo publicano, piensan que no hay persona más pecaminosa que ellos, pero con la pregunta: “¿Habrà misericordia para mí? Tú Mismo, oh Dios, me has dicho, Mirad a mí y sed salvos”. Y es así que se postran delante de Dios, esperando en Su Palabra y esperando Su misericordia.

Queridos amigos, ¿qué sucederá con tales personas? El Señor no los rechazará, sino que les declarará Su amor para con ellos. Ellos experimentan que Dios no quiere la muerte del impío. Para aquellas personas, la pregunta surge en su corazón: “Oh Dios, ¿cómo es posible que me aceptes en Tu misericordia? ¿Cómo puede ser que Tú piensas en mí con Tu gran amor, yo que soy tan corrompido por el pecado y tan perdido?” Ahora bien, cuando ese “¿Cómo?” les es respondido y explicado, aquellas personas llegan a ser muy pequeñas, y Dios es muy grande. Los secretos de la salvación les son reveladas a través del bendito Señor Jesucristo, el Hijo amado del Padre, Quien estaba dispuesto a ser el Fiador para ellos. Dios proveyó a un Salvador para pecadores. Dios, por medio de Cristo, se reconcilió con el mundo. Los pensamientos de paz fluyeron de Dios Mismo; fue Él que en Su amor infinito hizo posible una manera de paz a través del Hijo. Y ahora, por medio de Cristo, pecadores miserables pueden ser salvados de la perdición

eterna, y pueden ser coronados con la bondad eterna. Oh amigos, ¡qué bendición es experimentar cuán ancha es aquella puerta de la salvación!

Mirad a mí y sed salvos. Sí, los hijos de Dios serán salvos. Y, ¿qué quiere decir “ser salvo”? Oh amigos míos, honestamente no puede explicarlo completamente, pues es necesario experimentarlo. Sin embargo, en pocas palabras, el “ser salvo” es ser llevado al corazón de Dios, ser besado, amado y abrazado. Es gozar del favor de Dios; es ver el rostro bondadoso de Dios. El ser salvo da una paz bendita, un gozo profundo, y la felicidad inexpressable. Eso se experimenta ya en la tierra por los salvos, pero es solamente el principio, porque el “ser salvo” tiene un significado mucho más profundo. El gozo y la felicidad eterna siguen hasta la eternidad. Los que son salvos aquí en este mundo serán salvos cuando les llegue la muerte. Serán salvos en los caminos de angustia por las cuales tienen que pasar; serán salvos en cualquier lucha en la cual se encuentra hasta el día de su muerte. ¡Mirad a mí y sed salvos! Dios salva a los suyos y los toma por su propia cuenta, y ellos experimenta una y otra vez que Él que comenzó en ellos la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. (Fil. 1:6).

“*Mirad a mí y sed salvos*”. Queridos amigos, qué privilegio si esta invitación sea aplicada a nuestro corazón. Qué bendición si ya no podemos quedar fuera de esta invitación, sino que nos sentimos involucrados en ella. Entonces creemos que con esta invitación Dios nos apunta a nosotros también con Su santa mano. Seguramente hay algunos entre nosotros que han experimentado eso, cuando la Palabra de Dios obró con poder en el corazón. Para tales personas, no se puede volver atrás. Hay un solo camino: el que lleva al Dios que invita con tanto amor. El pueblo de Dios acude a Él tal como es, digno de muerte y mereciendo la destrucción, pero esperando en Su Palabra y Su misericordia, pues sin Él no puede vivir. ¡Sed salvos! Oh, esa es la palabra que Dios habla con poder a los que están postrados en el polvo a Sus pies. Él los levanta del polvo, y los señala al bendito Salvador, para que la salvación que se encuentra en Él fluya también a su alma, y para que ellos encuentren su salvación en Su sangre bendita.

¡Sed salvos! Sí, Dios le dará a Su pueblo un oído abierto por Su Palabra. Puede ser que ellos tengan que luchar mucho; puede ser que ellos peleen con muchos enemigos por fuera y por dentro en su camino, pero, ¡serán salvos! El diablo ya no lo puede impedir, y la muerte ya no puede hacerlo imposible.

Queridos amigos, ¿acaso no es esta una invitación llena de amor? “*Mirad a mí y sed salvos*”. Amigo mío, ¿te ha tocado esta invitación a ti? La palabra de invitación se extendió a todos aquí

reunidos, hasta el niño más pequeño. Sin embargo, me temo que muchos de ustedes no hayan escuchado. Creo que algunos de ustedes estaban pensando en otras cosas durante el culto, y posiblemente incluso hayan estado durmiendo. ¡Qué cosa más lamentable! Una invitación tan bondadosa que habla de la redención y la salvación de su alma, pero tantas personas la escuchan con indiferencia, y nos les parece importante. Cuando leemos este texto, es como si a Dios le importara más nuestra salvación que a nosotros mismos. Oh amigos míos, tarde o temprano esta invitación volverá a nuestra mente. Y por lo tanto, quisiera señalar esta invitación una vez más, aunque tal vez no les importe: “Mirad a mí y sed salvos”. La invitación sigue, y no hay una persona que sea demasiado malo o endurecido para ser salvo. ¿Será posible abrir la puerta más, amigos? Si tú no estás salvo, ¿de quién será la culpa?

Tal vez alguien dice ahora: “¿Pero qué tengo que hacer?” Vuélvete a Él, con todo tu endurecimiento, con toda tu iniquidad, y con todos tus pecados. Dile a Dios lo que vive en tu corazón, y pídele que te convierta. Dile a Dios: “Oh Señor, soy tan malo, de modo que ni siquiera me doy cuenta de mi maldad; pero Tú me dices que mire a Ti para ser salvo; ¡oh, sálvame!”

Esta palabra de invitación también ha sido una palabra de amor para aquellas personas que anhelan la salvación. Estoy seguro de que hay tales personas entre nosotros, quienes saben lo que necesitan y lo desean, pero no lo posean. Es un pueblo que está con las manos vacías, pero que desea que Dios lo salve. Estas personas se quedan lejos, con mucho temor, diciendo: “¿Será que Dios tendría misericordia de mí?” Oh amigo mío, ¡ten ánimo! ¿Te atrevas a cuestionar la Palabra de Dios, que dice “Mirad a mí y sed salvos”? ¿Te atreverías a decir que Dios se lo dice a todos menos a ti? ¿Acaso tú no perteneces a todos los “términos de la tierra”? Oh amigo, arrodíllate a los pies del Señor, pues Él permite que Su Palabra sea predicada para que tú vayas a Él con tus súplicas. Abre tu Biblia a Isaías 45:22 y pon tu dedo en este versículo, diciendo: “Señor, esta es Tu Palabra; ¿me incluye a mí también?” Ora a Él, y mira lo que hará Dios, pues Él nunca rechaza a los que verdaderamente buscan Su refugio en Él. “*Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes*” (Santiago 4:6). Pregunta a los hijos de Dios si acaso alguna vez Él ha rechazado a los que Lo buscaban de verdad. Más bien, ellos te dirán lo que cantamos en el Salterio 200, la segunda estrofa: “Cuando clame el pobre, Él tendrá piedad; y al afligido mostrará bondad”.

¡Sed salvos! Para el pueblo de Dios, se experimenta aquí abajo lo que es “ser salvo”, y qué bendición es eso. Sin embargo, en el cielo se experimentará de una manera perfecta, cuando los hijos de Dios lleguen al lugar de reposo celestial y eterno. ¡Cómo será, entonces – salvos, y después de tanta aflicción y dolor. Entonces aquel pueblo estará para siempre con el Señor, a Quien por la gracia miraron, y Quien les salvó para siempre. Amén.

3956 Palabras